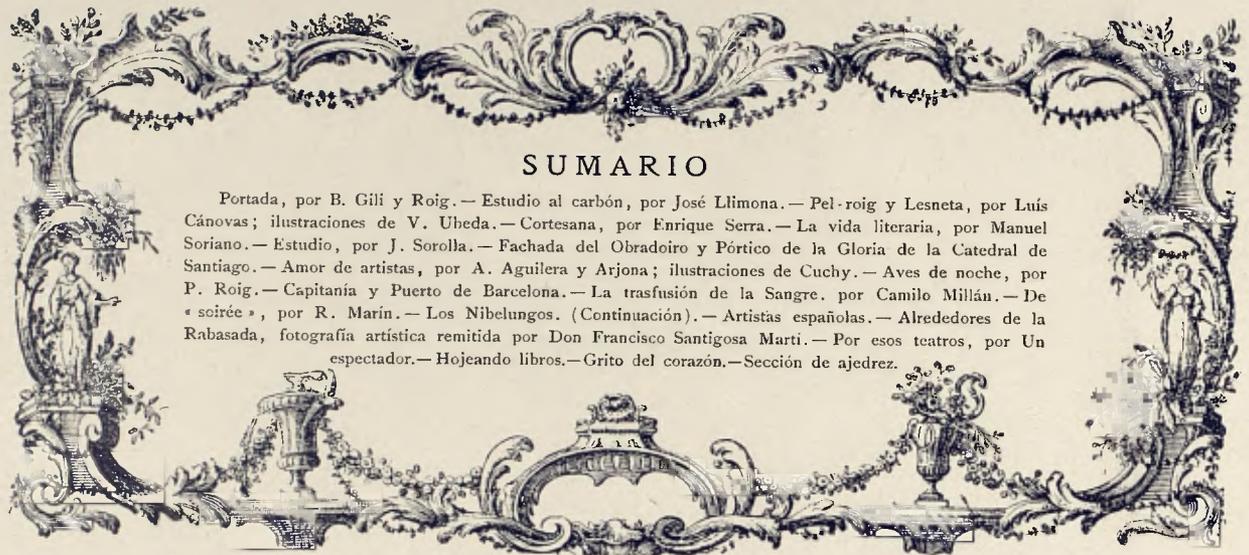


# MIS PANIA



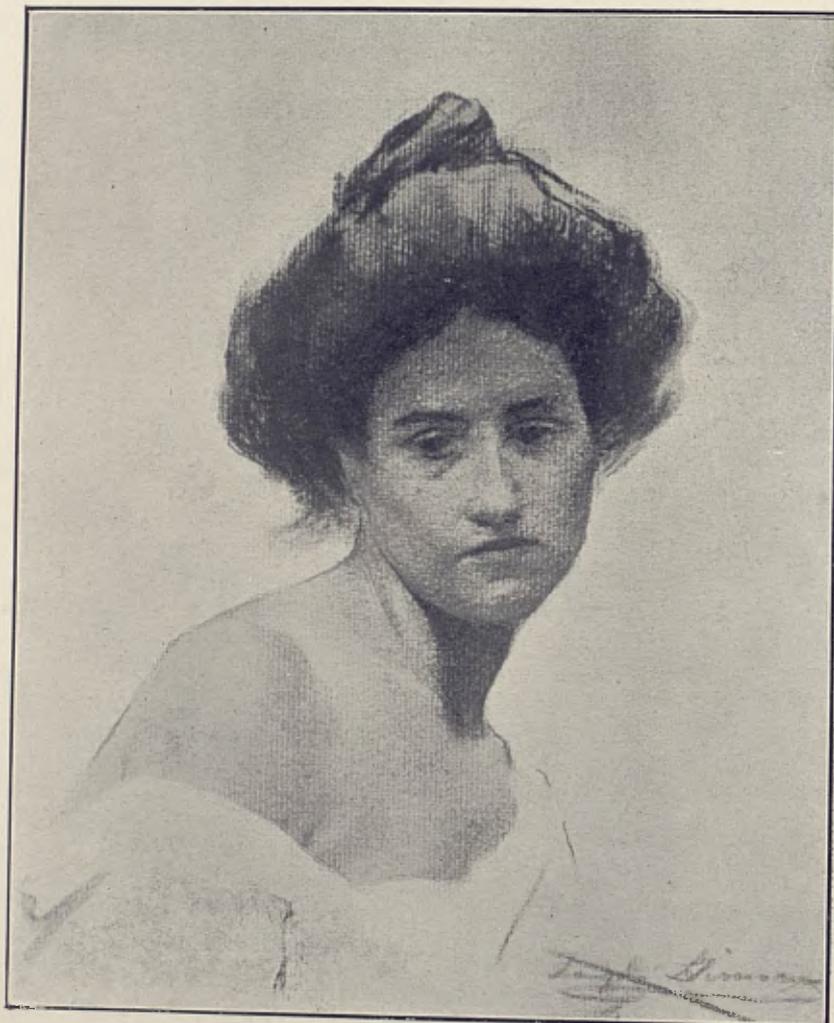
Munich  
B. Gili y Roig  
1902

## Número suelto, DOS REALES



## SUMARIO

Portada, por B. Gili y Roig.—Estudio al carbón, por José Llimona.—Pel-roig y Lesneta, por Luís Cánovas; ilustraciones de V. Ubeda.—Cortesana, por Enrique Serra.—La vida literaria, por Manuel Soriano.—Estudio, por J. Sorolla.—Fachada del Obradoiro y Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago.—Amor de artistas, por A. Aguilera y Arjona; ilustraciones de Cuchy.—Aves de noche, por P. Roig.—Capitania y Puerto de Barcelona.—La trasfusión de la Sangre, por Camilo Millán.—De « soirée », por R. Marín.—Los Nibelungos. (Continuación).—Artistas españolas.—Alrededores de la Rabasada, fotografía artística remitida por Don Francisco Santigosa Martí.—Por esos teatros, por Un espectador.—Hojeando libros.—Grito del corazón.—Sección de ajedrez.



J. LLIMONA

ESTUDIO

# PEL-ROIG Y LESNETA

**L**AS borracheras del tío Pel-roig se parecían á los discursos académicos: constaban de exordio, proposición, demostración y resumen. Durante el primer período, ó sea el exordio, Pel-roig trataba de captarse las simpatías de su siempre numeroso, aunque no escogido auditorio: allí era el elogiar su ilustración y buena crianza, elogio que cuidaba de desmentir su público, lanzándole á la cara ó una frase soez ó una corteza de melón llena de barro; allí el hablar de su incompetencia para tratar asuntos tan elevados como los que se proponía poner en claro en su discurso; y allí el derramar á boca llena, con lengua todavía expedita y parladora, las más esquisitas frases de cortesía, en que se aunaban, con maravilloso enlace, un elevadísimo concepto de su suficiencia y una modestia en el decir, tanto más atractiva cuanto menos estudiada.

Cuando Pel-roig llegaba á la segunda parte de sus borracheras parlamentarias, comenzaban á flaquear al propio tiempo, por inexplicable simpatía, su cabeza y sus piernas: aquella dificultándole la exposición tranquila, clara y no interrumpida del tema que se proponía desarrollar y éstas negándose á sostenerle en posición vertical. No eran estas flaquezas más que relámpagos, destellos rápidos, anuncios de lo que venía después, en la demostración, pero contribuían á dar á su lenguaje ciertos tonos pintorescos que le hacían más movido y elocuente, y á su acción cierta amplitud y grandeza que le hubieran envidiado los Pel-roigs de la Revolución francesa del antepasado siglo. El auditorio, de que ya hablaré y que nunca le faltaba, se estrechaba en torno suyo, conforme avanzaban á la par el discurso y la borrachera, no se sabe si atraído por el palpitante interés de los asuntos que con tan magistral elocuencia desarrollaba, ó si animado de la perversa intención de empujar al orador para que fuera á terminar su más florido período cayendo de bruces en medio del arroyo.

¿Y quien podrá pintar la variedad de tonos, de modulaciones, de giros, que empleaba nuestro Demóstenes levantino al llegar al tercer período de sus famosas oraciones callejeras? Con qué facilidad y dominio de su arte pasaba en transiciones no estudiadas del llanto más amargo y doloroso á la carcajada más sonora y regocijada, del apóstrofe más violento y conciso á la frase más mirada y poética, de la peroración más noble y elevada, á la ironía más sutil y penetrante? El léxico de Pel-roig, al llegar este período, dejaba tamaño al del fénix de los ingenios: porque éste, al fin y al cabo, no disponía más que de un idioma, y Pel-roig cuando no hallaba la palabra exacta y adecuada en el castellano en que principiaba sus arengas, acudía al dialecto valenciano, su lengua

nativa, ó á los trozos sueltos de inglés, sueco, italiano, francés ó alemán, que había aprendido en el muelle, ó inventaba una palabra nueva, deduciéndola de raíces que quizá se hallaran en el Ramayana y adornándola con anfibios y prefijos de una filosofía y fuerza de expresión extraordinaria. Al llegar á este punto se comprendía la absoluta necesidad de que sus discursos tuvieran por tribuna el ancho espacio, el aire libre, el antiguo foro, porque no era accidente, sino común y corriente, el de que comenzase un período en el extremo de una calle y lo acabase en el opuesto, ó el de que recorriese media ciudad para terminar su perorata. Eso sí: su auditorio, pendiente de sus labios, embelesado con su elocuencia, sugestionado por su arte inimitable, seguía á todas partes, ansioso de beber, no vino como el orador, sino aquel caudal de ciencia en que el vino trasegado por Pel-roig se trocaba por una misteriosa transmutación. Verdad es que los discípulos, durante esta tercera parte de sus pláticas, en lugar de estrecharle, como antes, le huían, manteniéndose á respetuosa distancia; pero esto se colige que era para dejarle ancho campo en que desarrollar su corazón siempre enérgico y apropiado, y no para esquivar los puntales con que solía premiar la atención demasiado familiar de algún oyente aventajado.

(?) Llegaba por fin, á las tres ó cuatro horas de comenzar, el final, el epílogo, el resumen de una de sus inolvidables arengas. Y entonces era el elevar los brazos al cielo con trágico ademán, y el pronunciar párrafos enteros en idiomas desconocidos, semejantes al de las brujas del Macbhet, y el volver las espaldas al concurso, besando la pared con la misma actitud patética con que los judíos besan las derruidas murallas de la Ciudad santa. Seguían á estos entrecortados sollozos, gritos inarticulados, ayes lastimeros, el lenguaje entrecortado y confuso de la pasión más exaltada y, por fin, caía el Cicerón callejero, aturcido por la doble embriaguez de su elocuencia y del mosto sobre un banco del paseo de Mendez-Núñez, donde se dormía arrullado por la ovación frenética con que su auditorio ponía punto final á la conferencia.

¡Su auditorio! Los limpiabotas más granujas poniendo en práctica el lema de la Academia Española, limpia, fija y dá esplendor, con sus cepillos resobados y sus untes misteriosos, los vendedores de periódicos, que pregonaban con sus atipladas voces de niños de coro la noticia más culminante del día como señuelo para el comprador del diario; los desarrapados lazarillos de los ciegos vendedores de billetes de lotería; toda la eximia golfertía alcantina, en suma, para la que era espectáculo siempre nuevo y variado el de las borracheras tribunicias de Pel-roig. Pel-roig les llamaba *els pardalets*.

## II

Otro de los rasgos característicos de Pel-roig era su devoción ferviente. Católico más convencido ni le hubo ni le habrá. Ni la sombra de una duda empañó jamás el diáfano cristal de sus creencias. Verdad es que, en lo tocante á la práctica no se le podía disputar por escrupuloso observante;

y también ha de consignarse que jamás puso el pie dentro de una iglesia. Historiadores hay que aseguran, sabe Dios en virtud de que testimonios, que ésto obedecía al miedo de que los sacristanes lo echasen á palos, como ya había acontecido luengos años ha, en virtud de su manía de discursar en todas partes y de su obstinación en dialogar con los predicadores, pero otros afirman, y yo creo que mejor enterados, que su animadversión era solo consecuencia de su horror innato á verse bajo techado. Por lo demás, ni aún para practicar su religión le hacía falta. Tenía él su altar al aire libre y allí iba de continuo á rezar sus oraciones y á depositar sus ofrendas. En la plaza de Elche y adosado á la pared de la Sucursal del Banco de España, existía un retabllillo con una imagen borrosa y oscura de la Santa Paz, y aquel era el templo donde nuestro héroe acudía con fervor de creyente y compunción de pecador arrepentido. Arrojava á la pared en vez del oloroso incienso, bocanadas del humo pestífero de las colillas que, por ignota virtud, ardían días enteros entre sus labios; y vez hubo en que apedreó al divino rostro con puñados de cacahuets, exclamando, en arranque de filial confianza:

— *Pera tú, negreta, que ningú se'n recorda de tu.*

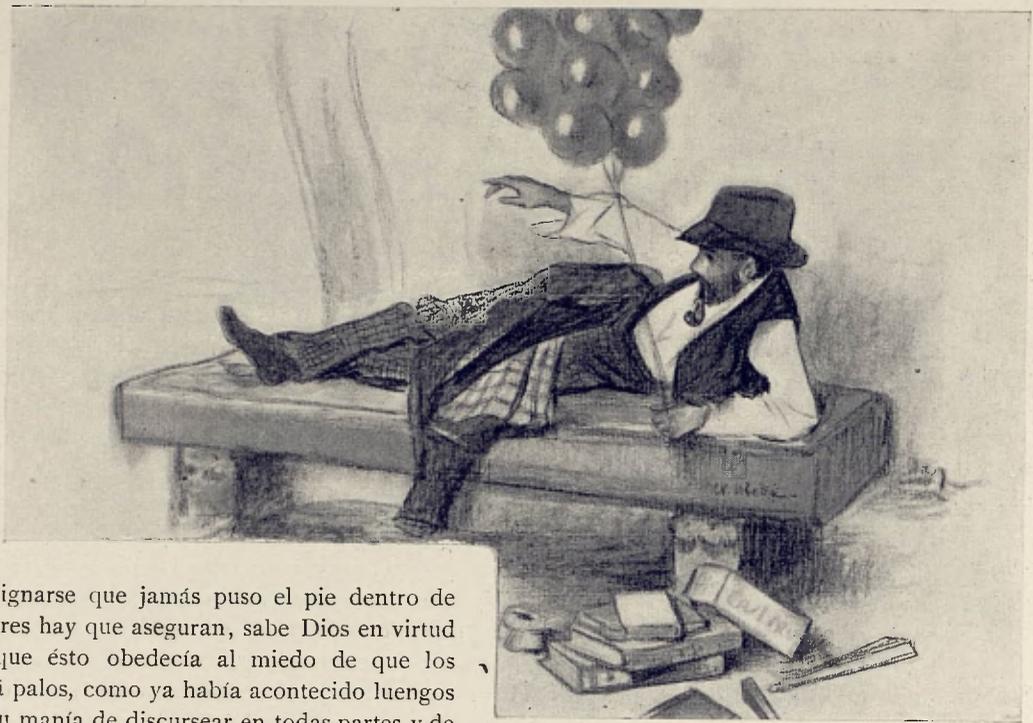
Claro es que los cacahuets cayeron al suelo, con gran regocijo y algazara de su auditorio, que se apresuró á repartírselos á puñetazo limpio. El devoto los miró con cariño y dirigiéndose de nuevo á la faz divina, dijo:

— *Negreta, els perdalets se'ls menxen.*

Pero en vista de que Dios no hacía un milagro para impedir aquel despojo, se persignó con fervor, aunque no con seguridad, puesto que al nombrar al Espíritu Santo puso la mano en la cadera izquierda, y siguió su camino.

## III

Y preguntaréis ahora, si es que Pel-roig os ha inspirado interés y simpatía, ¿de qué vivía, en qué se ocupaba? ¡Ah! No creáis que el héroe de mi cuento era un vagabundo sin oficio ni beneficio, que pasaba su existencia bebiendo y durmiendo el vino alternativamente. Nada de eso. Pel-roig era un comerciante. Libros viejos, abanicos pasados de moda, papel de escribir, lapiceros, gomas para las car-



teras, esteras finas, pelotas cautivas, americanas baratas, de todo vendía, pudiéndose afirmar que, si se hubieran reunido los objetos vendidos por él al cabo de un año, constituyeran el más surtido y pintoresco de los bazares. En su honor debe consignarse que aquellos artículos le eran dados en comisión por casi todos los comerciantes de la capital, y que nunca se dió el caso de que Pel-roig dejara de entregar religiosamente el importe de lo vendido, ni mucho menos que se lo bebiera sin dar cuenta exacta á su comitente. Eso sí: el importe íntegro de su comisión iba siempre á la taberna, porque, según decía un literato, gran amigo suyo, era el único medio de que fuera con verdad saldo líquido á su favor.

Esta acrisolada honradez y su nunca desmentida puntualidad en rendir cuentas, habían borrado por completo la natural desconfianza que su embriaguez perpétua podía inspirar, y así, no había tendero en la ciudad que no le confiara sin temor ni escrúpulo sus géneros para que Pel-roig los paseara, como viviente reclamo, de un cabo á otro de Alicante. Tal fué la razón de que Lesneta, famoso zapatero alicantino, le llamara un día á su taller y le dijera:

— Mira, Pel-roig, te vas á llevar estos veinticinco pares de botas y á procurar vendérmelos por ahí... De lo que saques tendrás tu parte... conque, cuanto más recojas más te tocará... ¡Ah! Y para ti, este par de botas nuevas, que no se si te las podrás meter sin calzador...

Y al decir esto, el buen Lesneta, deshaciéndose de risa, ponía en las manos de su improvisado dependiente un par de botas que, si no eran aquellas del gigante del cuento que andaban siete leguas de cada paso, debían de ser de algún individuo de su familia. ¡Compadre, y que par de botas! Sólo emparejaban en el tamaño, puesto que la una era de reluciente charol, y toda llena de pespuntos y arrumacos, y la otra de becerro tosco, sin ador-

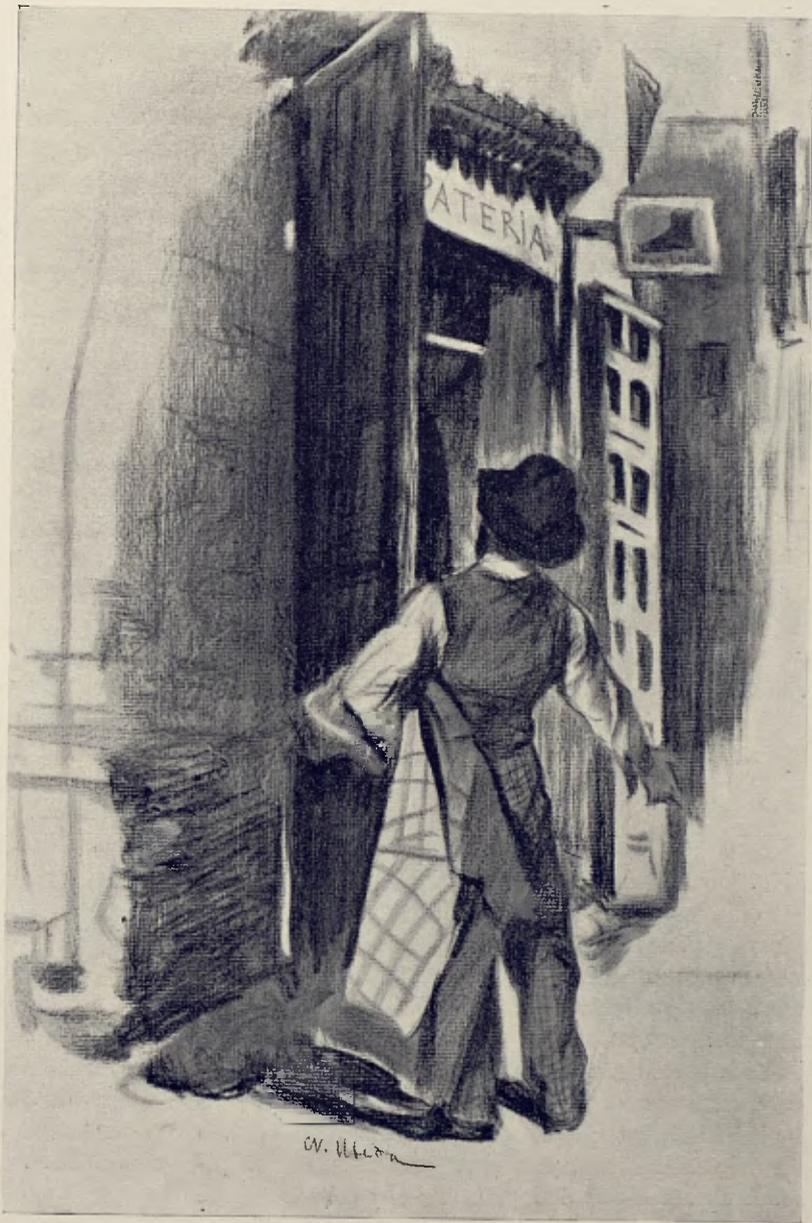
nos ni ringoragos, por lo cual con facilidad se deducía que ambas habían servido de muestra del establecimiento colgadas, en diversas épocas, de un garfio á la puerta del mismo y viviendo intranquilas é inseguras en elemento tan contrario á su naturaleza y destino como el aire.

Pel-roig las miró asombrado; miróse luego sus pies que, al lado de aquellas enormes botas, parecían de aristocrática dama ó de travieso pajecillo; y, sin decir palabra, tomó bajo su brazo izquierdo el paquete que contenía los veinticinco pares de calzado que se entregaban á su pericia de vendedor ambulante, metió un dedo de su mano derecha por las orejas de las botas goliatescas, y salió de casa de Lesneta mirando los pies de los transeúntes, con el propio afán que el príncipe de la Cenicienta para buscar á la hechicera dueña del pie que había servido de molde al más coquetón de los zapatos.

Pero nada: á juzgar por el tamaño de sus pies todas aquellas personas con las que se cruzaba Pel-roig en su camino, habían llegado del fantástico reino de Lilliput. Y entonces se le ocurrió á nuestro héroe la fatal idea de comenzar sus operaciones mercantiles de aquel día por la venta del par de botas que Lesneta le acababa de regalar. ¡Qué bien dijo el que dijo que las pequeñas causas engendran los grandes efectos! Si Lesneta hubiera podido entrever las fatales consecuencias de su obsequio, antes lo hiciera trizas que ponerlo en manos de Pel-roig. Pero como el porvenir es inescrutable, el pobre zapatero no previó que su mandatario comprendiera que tal calzado no servía ni para sus pies ni para los de ningún otro semejante suyo, tuviera la ocurrencia de venderlo, y, tras de cobrar por él las dos pesetas que le dió el dueño de un puesto de trastos viejos vecino al Mercado, entrara en una de sus tabernas predilectas á beberse el importe de la venta.

¡Famosa borrachera fué la que pescó Pel-roig! Una curda de dos pesetas, tan monumental como el par de botas que la había dado origen. ¡Qué discurso el de aquel día memorable, comenzado en la misma puerta del templo de Baco, después de las copiosas libaciones en honor al más regocijado de los dioses, y acabado no se sabe donde porque la oscuridad de la noche envolvió en sus tinieblas al orador y á su perorata! Dícese que la más famosa arenga de Demóstenes fué la de la corona, y cítase como modelo de oraciones ciceronianas una de sus Catilinarias; pues de igual suerte puede afirmarse que la más grande de las alocuciones de Pel-roig fué la de aquel

día inolvidable. Política, religión, ciencias, artes, todo tuvo su lugar oportuno ó inoportuno en aquel Océano tempestuoso de palabras que principió á las ocho de la mañana y persistía inagotable á las ocho de la noche. Ora como Pedro el Ermitaño dirigiendo su fogosa palabra á los hombres, ora como San Francisco de Asís atrayendo con suave elocuencia á los pajarillos que anidaban en el paseo de Mendez-Núñez; ya imitando á San Antonio de Padua y arengando á los peces sentado en un canto colosal del rompeolas del muelle; ya superando á todos los santos y oradores del mundo y dirigiéndose á las piedras, como si esperase ver conmovidas sus endurecidas entrañas; tan pronto rodeado de su habitual corte de golfos cual misionero cercado de catecúmenos, como solo y abandonado, nuevo San Juan clamando en el desierto, todas las horas de aquel día le vieron elocuente, inspirado, superándose á si mismo, desbordarse en torrentes de frases admirables y elevarse á las más vertiginosas alturas de la oratoria.





¿Dónde fué á parar? ¿Cuál fué el término de su discurso peripatético? ¡Misterio insondable! A las últimas luces del crepúsculo dijo uno de sus más entusiastas oyentes que le había visto por los desmontes de la prolongación de la calle de Alfonso el Sabio; después Pel-roig y su discurso y su fardo de calzado habían caído en alguna sima ignota. ¿Habría sido aquel su canto del cisne?

## IV

No, por fortuna. Al amanecer del siguiente día hallábase el buen Lesneta á la puerta de su zapatería, regocijado y contento, como hombre satisfecho de sí mismo y de su negocio, cuando vió aparecer por el extremo de la calle á su improvisado comisionista del día anterior: sus pasos inseguros y tortuosos denotaban que los nubarrones de la pasada tempestad todavía entoldaban su cerebro. Contra su costumbre, Pel-roig venía silencioso. ¿Era que el kilométrico discurso de horas antes había agotado ¡por fin! su elocuencia? ¿Era que alguna catástrofe inesperada le enmudeciera? Se ignora. Triste y callado llegóse

á la puerta de Lesneta y allí se detuvo apoyándose en el marco para conservar el equilibrio.

—Ola, compadre,—dijo el zapatero —¿qué te trae por aquí tan de mañana?

—Vengo á darte el parte de tu encargo de ayer...—repuso Pel-roig. Y al contestar á su amigo y comitente, una sonrisa socarrona plegó los tostados labios del viejo.

—¿Y que hay?

—Pues nada... que ya están colocados los veinticinco pares...

—¡Ché... Pel-roig...! Eres el demonio... ¿Y cómo te las has compuesto para despacharlos tan pronto?... Me traes el dinero?...

—No. Tienes tu que venir á cobrar, porque á mi ni siquiera me contestan cuando les pido el dinero.

—¿Y es muy lejos?...

—Algo, pero como es temprano, te puedes venir, que á estas horas no vendrá á comprar mucha gente...

—Tienes razón... Vamos.

Tomó Lesneta su gorrilla y echaron á andar los dos por las calles casi desiertas de la capital que á aquella hora comenzaban á despertarse. Varias veces preguntó el zapatero á su guía donde estaban, en que calle, en que casa, los compradores de su género: pero Pel-roig sepultado en su mutismo, contestaba con gestos ó con monosílabos expresando que más adelante. Por fin los dos caminaron en silencio calles y plazas y paseos; y salieron de la ciudad por junto al castillo de San Fernando; y bordearon su falda á la sombra prolongada de la alameda que termina en el cementerio; y llegaron á él con asombro y estupefacción de Lesneta; y entraron; y...

¿Cuál no sería el espanto del pobre zapatero al ver á Pel-roig que, con macabra sonrisa y diabólica expresión, le mostraba acá y acullá, cual ofrendas fúnebres jamás vistas en aquel recinto, sus pares de botas, cuidadosamente colocadas sobre las blancas lápidas, húmedas aún por el rocío de la noche! Allí estaban los veinticinco pares sobre otras tantas tumbas, y ante ellas quedó Lesneta mudo, no se sabe si de asombro, de miedo ó de cólera, y de tal suerte abstraído y petrificado, que ni oyó siquiera á Pel-roig que con burlón acento le decía:

— Ahí tienes una buena parroquia... Si te pagan, ya me darás la parte que me ofreciste...

Y el borracho impenitente dió media vuelta y salió del camposanto, dejando á Lesneta convertido en la única estatua policroma de aquel sagrado recinto.

## V

Cundió la broma por la ciudad y el desgraciado Lesneta perdió su característico apodo, cambiándolo por el de *Sabater dels morts*. Pero no perdió eso sólo. Perdió también la clientela y el dinero y la paciencia y tuvo que emigrar de Alicante maldiciendo de Pel-roig y del día funesto en que tuvo la malhadada idea de nombrarle su comisionista.

LUIS CÁNOVAS



ENRIQUE SERRA

CORTESANA

## LA VIDA LITERARIA

**D**IEZ de la mañana. El madrugar se impone. Ha muerto Pérez, el egregio poeta, regocijo de las musas españolas, y rindiendo tributo á la amistad y al compañerismo, tenemos que acompañar su cadáver á la última morada. Formamos el fúnebre cortejo media docena de amigos... los que nada le debíamos. ¡Pobre Pérez! Él, que tanto dinero ha dado á ganar á su editor, y á las empresas teatrales, ha muerto pobre, sin una peseta, sin dejar ni aún lo indispensable para el entierro, que hemos tenido que costearle entre algunos de sus íntimos, á fin de que no tuviese que ir andando al cementerio, como el chulo del cuento. Un detalle curioso: El editor de Pérez ha enviado una corona de *siemprevivas*... ¡No puede darse un rasgo más expresivo de la filantropía editorial! Durante su vida sembró su camino de punzantes espinas y de intereses compuestos á razón del ochenta por ciento mensual, y una vez muerto, le envía una corona... ¡la corona del martirio!... ¡Pobre Pérez! Era un hombre honrado, un excelente compañero, un amigo leal y cariñoso, un escritor insigne, un poeta de mérito excepcional... ¡Desdichado de aquel para quien suena en el reloj del tiempo la hora de los elogios!...

Todo ha concluido. La última espuerta de tierra ha caído sobre el metálico ataúd que guarda los inanimados restos de Pérez... En el momento de retirarnos, hemos visto que un empleado de la casa del editor de Pérez regocijó la corona de *siemprevivas*. ¿Será para llevarla á la familia del muerto? No, señor; ¡es para que figure en el entierro de la próxima víctima de su principal!

Una de la tarde—Cocheo, al Inglés, ¡á escape! A la una en punto comienza el banquete con que obsequiamos á



Gomalch con motivo del gran éxito que ha obtenido su última comedia. Gomalch es un adoquín como una catedral; pero los sacerdotes de la crítica, esos señores que hacen y deshacen representaciones á su capricho, han reconocido y proclamado *urbi et orbe* que Gomalch

es un genio de la dramática española, y que su comedia puede codearse dignamente con *La vida es sueño*, y no hay más remedio que acatar aquel soberano é inapelable fallo, so pena de concitar sus iras y atraer sobre nuestras miserables cabezas todos los rayos de

su olímpica cólera: Con tal motivo nos reunimos hoy en fraternal banquete para festejar al compañero insigne... que hasta hace tres días anduvo rodando por los escenarios, sin que nadie, ni aún con la recomendación de Nuestro Señor Jesucristo, le quisiese leer una comedia. Aquí, ya se sabe: en cuanto uno hace algo que sobresale tres milímetros de lo vulgar y corriente, ¡banquete al canto! La broma suele costarnos seis pesetas por barba, ó algo más para médico y botica, si se nos indigesta la merluza al *gratin*, plato obligado en todo banquete cómico-lírico, ó nos sientan mal las quintillas que algún querido compañero lleva *improvisadas* para soltarlas en su tiempo y lugar oportunos; pero, eso sí; nos divertimos, derrochamos un trimestre de ingenio, y en cuanto el *champagne*, ó, en su defecto, el honrado peleón comienza á hacer de las suyas en los pisos superiores del individuo, ¡cualquiera nos aguanta!

Nueve y media de la noche. A Eslava. Se estrena la nueva obra de Martínez, y no es posible faltar. Los que han asistido al ensayo general se hacen lenguas de la nueva zarzuela de Martínez, augurando que ha de ser un éxito. El asunto es originalísimo, pues él no es de los que *traducen, imitan ni arreglan*, tres vocablos que hemos inventado para disimular los *timos, escalos y atracos* literarios; las situaciones son de *primera fuerza*, porque Martínez posee como nadie el arte de *mover los monos*; los chistes se *atropellan* los unos á los otros... La música es de Gómez, el inspirado y genial compositor á quien el Arte tiene por uno de sus hijos predilectos. Según se dice, el terceto va á ser un alboroto, el duo una revolución, el concertante un pronunciamiento. Agréguese á esto que Muriel ha pintado siete decoraciones lindísimas, y que Gambardella ha vestido la obra con lujo y propiedad verdaderamente notables, y no cabe duda que el éxito de la zarzuela de Martínez será asombroso.



Los agoreros y profetas se han equivocado de medio á medio. La zarzuela de Martínez ha sido un fracaso de esos que hacen época. El asunto huele á pasado desde un kilómetro; las situaciones resultaron vulgares y preparadas sin habilidad ni arte; los chistes son una colección de groserías digna de caer bajo la acción del Código penal. La música mereció el honor de ser coreada por el público. Desde las primeras escenas se inició el pateo que duró hasta que cayó el telón y media hora más...

.....  
Dos de la madrugada. A Pornos. En una de las mesas de turno de Hilario nos reunimos una colección de trasnochadores. Tomamos chocolate ó tomamos asiento únicamente, y nos entretenemos en hacer el resumen del día,

despellejando de paso á los más queridos compañeros. Allí averiguamos de que obra francesa está tomada la comedia de Fulano; cazamos los ripios de la última poesía de Mengano; señalamos los galicismos de Perengano... Allí hacemos reputaciones y derribamos ídolos. En aquella mesa no practicamos la disección con el bisturí del anatómico que con hábil mano, segrega fibras, tegidos y filamentos hasta llegar á la víscera dañada, sino con el hacha del leñador que de un solo golpe derriba el árbol secular que han sujetado los más furiosos vendavales... Al amanecer, cuando el sol asoma por Oriente y las burras de leche por la calle de Peligros, se retira cada cual á su domicilio... si lo tiene..

MANUEL SORIANO

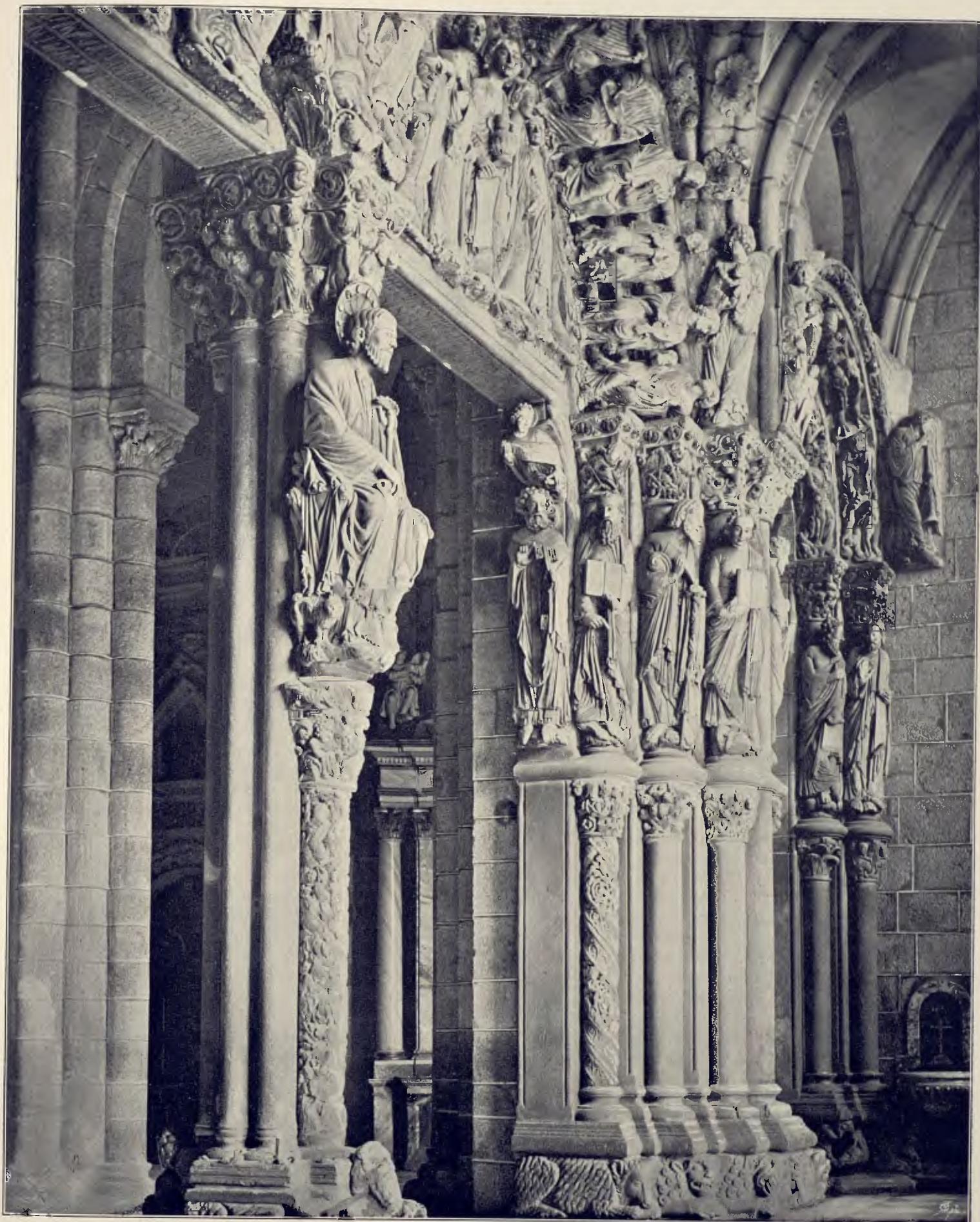


J. SOROLLA

ESTUDIO



FACHADA OCCIDENTAL Ó DEL OBRADOIRO DE LA BASÍLICA DE SANTIAGO



PÓRTICO DE LA GLORIA DE LA BASÍLICA DE SANTIAGO

# AMOR DE ARTISTAS

**L**os marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia.

El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos, y de caudales fabulosos con que sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fué víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatárle á la muerte una segura presa, pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquesito, y á la progresiva debilidad sucedió un triste amanecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantísimos de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, á mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado á las tinieblas quien gozó una vez de la contemplación de la naturaleza.

La que hasta entonces fué mansión favorita de la dicha, convirtiéndose rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infortunados padres sino en ocultar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, á la esperanza de que la ciencia lograra devolver á la cámara obscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad retentiva que va enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clichés produce la contemplación de la naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado de la música encontró en el divino arte alguna compensación á los placeres que le robara la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reunióse en torno del marquesito una corte de maestros y compositores, artistas famosísimos, que pronto hubieron de considerarle camarada. Como siempre el arte superó á la ciencia, y sus consuelos pródigos ahuyentaban á veces del espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

A cada deshaucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín que satisfacía la pasión artística del ciego. Las notas sustituyeron á los rayos del sol, la armonía al colorido, los motivos á los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales á los sublimes espectáculos de la naturaleza. El sonido triunfó de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó

á considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos inspirados á veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado en absoluto al estudio, pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al ciegucecito obligándole á la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraniegas.

Trasladáronse á un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado á orillas del océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar á la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces sólo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado á su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el Real á los más célebres artistas de la época aquellos tiempos que como sueños se representaban á su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida que por transmigración, sin duda, del espíritu, encarnaba ahora en su ser. Y á la caída de la tarde solían padre é hijo hacer largas expediciones por los lugares inmediatos, bien á orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo á su delirio artístico, pues ni aún en aquellos momentos consentía separarse del violín, único consuelo de su desgracia.

Era entonces cuando su inspiración llegaba á más felices concepciones, improvisando bellísimas armonías en que combinaba los sublimes ruidos de la naturaleza con el estado de su espíritu entristecido por la más horrible de las desgracias: cantos de amor de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día.

Una tarde hicieron alto en las frondosas cercanías de antigua casa solariega, convertida en finca de alquiler por sus modernos plebeyos propietarios.

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el duo de *Lohengrin*. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando á sus oídos llegaron ecos de los lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueños, *Elsa* respondía á las demandas de amor del fantástico personaje!

Fué extraordinaria la emoción que á Alfredo produjo aquella inesperada conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del ciegucecito, reduciendo el suceso á las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan solo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedóse, para sus adentros, con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de poéticas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido á las demandas de amor del protagonista de su ópera favorita.

Aun más, adivinaba que aquella mujer también sufría, y también como él buscaba un amor, que ocupara el vacío de su alma. Y no fué necesario más para que esta pasión, hasta entonces para él desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual alagüeño resultado, Al canto de *Rahul* respondióle *Valentina*; al de *Radamés*, *Aida*; al de *Sansón*, *Dalila*; al de *Hamlet*, *Offelia*...

Y una tarde hubo un momento en que *Margarita* y *Fausto*, salvando las distancias, llegaron á confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas semejaban invisibles emisarios de amor que iban á encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban

en abrazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aun más que á los oídos; y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inesperada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortaliza á los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con mayor violencia, el deseo de ver á la mujer amada, estériles protestas sugeridas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar á los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con la esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras este día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde á la cita que tácitamente tenían convenida los dos amantes artistas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.

Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega, una familia inglesa, cuya hija, de dieciocho bellísimos abriles, buscaba en las playas meridionales algún alivio á la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.

La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, reveladas en la facilidad de acomodarse á la diversidad de emociones estéticas á que Alfredo la había sometido como prueba de la impresionabilidad de su temperamento.

—¿Cuándo es la operación?—preguntaba sin cesar, desde entonces, Alfredo.

—Pronto hijo, pronto—replicábale el padre, casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperanza de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer, de la desgracia.

Y así transcurrieron pesadamente días y semanas, renovándose padre é hijo las mismas fantásticas esperanzas.

Por fin, á las constantes demandas de los padres, presentóse un día en el castillo un oculista inglés, más sabio ó más audaz que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron á inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

—¡La veré! ¡La veré! ¡Podré buscarla!—repetíase sin cesar el ciegucecito. Idea fija que hubiera acabado con su razón á prolongarse la esperanza.

Y así aguardó encerrado en su gabi-



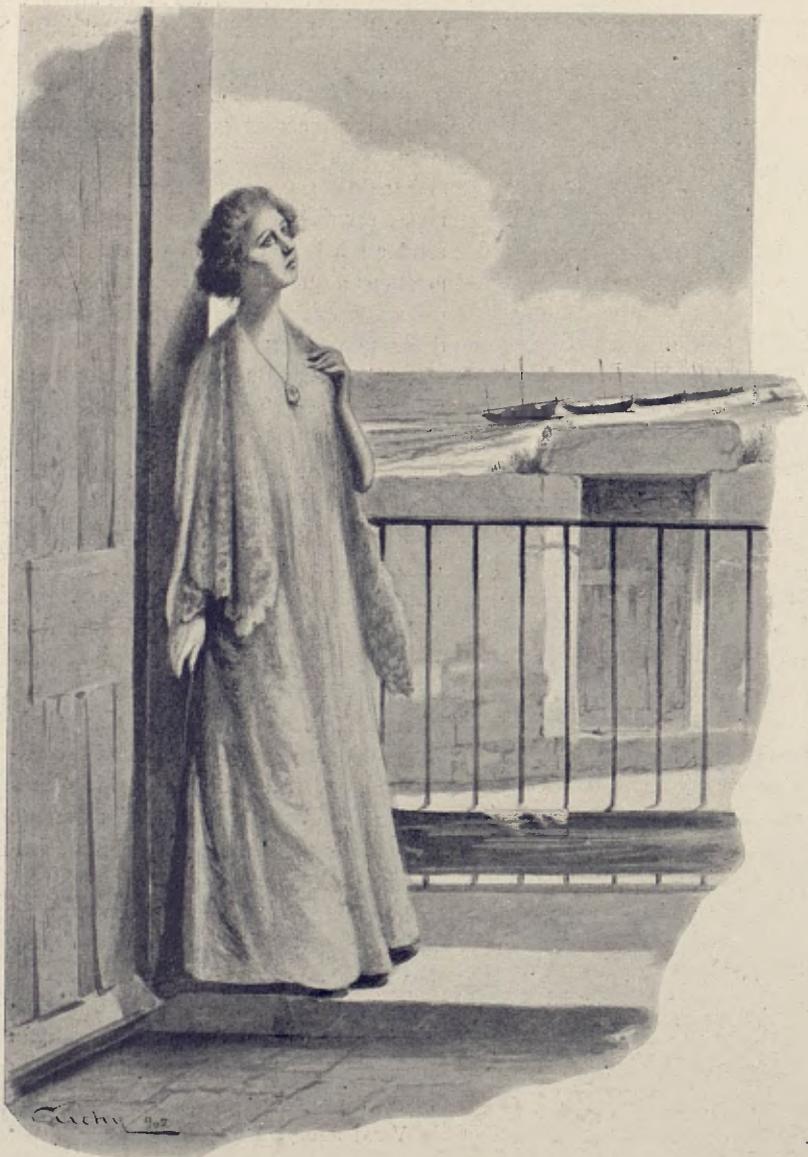
nete, convertido en cámara oscura, ocho días de impaciencia mortal, exigidos por el médico para asegurar el éxito de la operación que restituiría la felicidad á aquella familia entristecida.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla, y el oculista dedicó sus diarias visitas á conservar el fuego sagrado de la esperanza.

\* \* \*

Á la inglesita, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, parecióle eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada á los balcones del jardín, castigando su débil pecho con la férrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas con frecuencia ocupadas en enjugar las avenidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta á cuantos rumores llegaban á su oído, esperando en vano el eco de un amor ideal en que llegó á cifrar todas las esperanzas de su vida.



Á veces iniciaba en el piano alguna de las melodías favoritas, lo cual era tanto como gritar ¿estás, bien mío? Pero se asomaba de nuevo, y el solemne roncar de la naturaleza parecía decir á sus oídos de tísica: ¡quién piensa en románticas fantasías!

Una madrugada pasó cerca del jardín la ronda de mozos tocando los guitarreros. ¡Ya está! se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Y así estuvo largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió á la realidad, y calenturienta cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: ¡me ha olvidado!

\* \* \*

Pocos días después en el castillo de Guzmán todo era dicha.

Los padres tiritaban de emoción ante la seguridad del doctor famoso; éste preparaba con orgullosa calma, atento á los más nimios detalles de la *mise en scène*, la solemne demostración de su gran triunfo; Alfredo repetíase aún en las convulsiones de su esperanza incierta: ¡por fin podré verla! ¡iré á buscarla!

Quitó el doctor las vendas al ciegucecito, levantóle los recortes azulados que tapaban sus ojos, y abriendo tímidamente la ventana, le dijo con imperio: —¡Mira!

Gritó el vidente, loco de alegría, cerró en seguida los ojos como miedo del mundo ya olvidado, y al volver á abrirlos intentó volcar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente á contrarrestar la alegría del increíble triunfo.

En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, y seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquesito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó á preguntar:

—¿Entierran á una joven?

—Sí, contestó el médico. Una infeliz compatriota mía, gran artista; estaba tísica. ¡Pobre Lady Betti!

—¡Lady Betti? rugió Alfredo.

—¿Acaso la conocías? —exclamaron los padres sorprendidos.

—No — les replicó cayendo desvanecido — ¡La adoraba!

A. AGUILERA Y ARJONA

Ilustraciones de CUCHY



P. ROIG

AVES DE NOCHE



CAPITANIA Y PUERTO DE BARCELONA

# La Trasfusión de la Sangre

**L**a medicina es una gran cosa: podrá no curar al enfermo, pero en cambio, lo envía al cementerio con todas las reglas del arte.

Dícese de ella que es una ciencia muy oscura, lo cual está en contradicción con lo que todos sabemos: no puede ser oscura una ciencia que utiliza los rayos X para iluminar por dentro el cuerpo humano.

Aunque, en todo caso, éste sería un contrasentido más: el primero y el mayor de todos es el de ser á un mismo tiempo *ciencia* médica y *arte* de curar.

La última definición me resulta algo inexacta, y si los muertos hablaran, tengo para mí que habrían de impugnarla seriamente con argumentos de *ultra tumba*.

Pero dejando á un lado eso de si la medicina es ciencia ó arte y si éste es de curar ó no, habremos de convenir en que progresa, siquiera los resultados no lo confirmen de una manera indubitable.

Si en los tiempos de Gil Blas de Santillana la medicina estaba sintetizada en el doctor Sangredo, en los tiempos actuales en que los descubrimientos invaden todas las esferas, y en los cuales envejecen en un mes todas las teorías, difícil nos sería sintetizarla.

Pasó la época de las sangrías y del agua caliente, y se relegó al olvido aquel procedimiento por perturbador y ruinoso para la naturaleza del individuo: que hay fiebre, antipirina por arriba: que la fiebre arrecia, antipirina por abajo: que la fiebre no remite, antipirina por arriba y por abajo: que se muere el enfermo, vaya bendito de Dios: se marcha al hoyo sin que se le haya debilitado con la extracción de la sangre y demás tratamientos antiflogísticos, y esto es siempre una satisfacción para la familia y para los gusanos.

Nada de antiguallas: Hipócrates y Galeno pudieron ser notabilidades en su época, pero hoy serían unos consumados ignorantes. ¡No saber lavar el estómago! ¡no saber iluminar el bazo! ¡desconocer las inyecciones hipodérmicas! ¡no poseer el secreto de la antipirina! ¡no conocer el sistema de la transfusión de la sangre! Eso sería imperdonable y los graduaría de *curanderos* ante el vulgo sensato y medianamente instruido.

Tuve un amigo, natural de Coria, que se hacía lenguas del médico de su pueblo desde que había operado á su mujer en un caso gravísimo de anemia acarreada por un mal parto.

Y no fué producido su entusiasmo por la habilidad del operador al trasladar á las arterias de su mujer un par de libras de sangre desde las arterias de una cabra; ni fué tampoco hijo de la satisfacción que le causara la pronta mejoría de su esposa; el entusiasmo se produjo en él por el cambio notado en su consorte, tanto en lo moral como en lo físico: su apoltronamiento y dejadez se habían trocado en agilidad y energía, y su carácter triste y melancólico, en el más alegre y vivaracho del mundo.

— Calcule usted— me decía— que antes apenas podía dar cuatro pasos sin fatigarse, y que ahora de un salto se planta encima de una mesa.

— Saltar es.

— Que antes de la operación no saltaba de casa más que para ir á misa y que ahora no perdona baile ni jolgorio.

— Ya veo que la cura ha sido radical.

— Mejor haría usted en decir que la transformación ha sido completa, y tentado estoy de mandar que me hagan á mí la misma operación.

— Pero hombre de Dios ¿está usted acaso anémico?

— No, pero noto ya ciertos entorpecimientos, ciertas deficiencias, y quiero ver si las corrijo para estar á la altura de mi mujer en vigor y en carácter.

Y como lo pensó lo hizo.

Circunstancias particulares me tuvieron alejado del pueblo algunos meses, y al regresar á él, una de las primeras visitas que hice fué á la casa de don Marcos.

Apenas puse el pie en el umbral, escuché un sonoro balido que hizo retemblar las puertas de cristales.

— ¿Qué es eso?— pregunté á un criado.

— Es el amo que llama— me respondió con naturalidad. Quedéme algo perplejo, y le volví á preguntar.

— ¿Y la señora?

— El ama no está en casa— me dijo:— desde que le metieron en el cuerpo la sangre de la cabra, tira al monte y apenas se la vé por aquí.

Un segundo balido, más estentóreo que el primero, interrumpió mi indagatoria. Vacilé un poco acerca de lo que me convenía hacer y adopté la resolución de volverme á mi casa, ante el temor de que don Marcos me topara instintivamente con todos los bríos de su nueva sangre.

¡Y luego dirán que la medicina no progresa!

CAMILO MILLÁN



R. MARÍN

DE « SOIRÉE »

# LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



**D**ANKWART, el hermano de Hagen, era un hombre terrible; lo que en los combates anteriores había hecho de notable contra los guerreros de Etzel, no era más que aire. Ahora se batía con rabia verdadera el hijo de Aldriano.

Ritschart y Gerbart, Helferic y Wichtart no se habían hecho atrás en ningún combate: se lo hicieron ver á los guerreros de Gunter. Allí se veía á Wolfharto portarse bravamente en el combate.

El viejo Hildebrando se batía como un loco. Muchos buenos guerreros murieron á manos de Wolfhart y hallaron la muerte ahogados en sangre. Así vengaban la muerte de Rudiguero aquellos guerreros fuertes y buenos.

Cediendo á su cólera se batía el duque Siegstab. ¡Ah! ¡cuántos magníficos yelmos hendió en aquella batalla el sobrino de Dietrich! En la pelea nadie podía portarse mejor.

Como viera Volker el fuerte que Siegstab hacía verter torrentes de sangre por las buenas armaduras, se sintió furioso y se lanzó contra él. Allí hubiera perdido la vida Siegstab á manos del músico: Volker le dió tales pruebas de su arte, que con la espada le dió muerte. El viejo Hildebrando lo vengó, según su valor se lo exigía.

«¡Oh desgracia!» exclamó el maestre Hildebrando «¡mi querido señor yace aquí muerto por la mano de Volker! Ya no puede vivir más el músico.» ¿Quién vió á nadie más furioso que el fuerte Hildebrando?

Dió á Volker con tanta fuerza, que los pedazos de su yelmo y las piezas del escudo del valeroso músico saltaron hasta las paredes de la sala; allí encontró su fin el terrible Volker.

Los hombres de Dietrich se apresuraban en el combate: daban tan fuertes golpes que hacían saltar las mallas de las cotas y las puntas de las espadas volaban. Por debajo de los cascos hacían correr torrentes de humeante sangre.

Hagen de Troneja vió muerto al guerrero Volker: esto era para él la pérdida mayor entre sus amigos y compañeros. ¡Con cuánta furia emprendió Hagen la venganza de su amigo!

«No gozará de su victoria el viejo Hildebrando: mi querido amigo, el mejor compañero de armas que

he tenido, ha muerto á manos de ese guerrero.» Levantó su escudo y avanzó, amenazador contra él.

Helferic el valiente mató á Dankwart causando gran pena á Gunter y á Geiselher, cuando lo vieron caer en la revuelta lucha. Su valentía había vengado de antemano su muerte.

(Aunque había allí mucha gente de distintos países y muy poderosos príncipes contra el pequeño grupo, si los cristianos no hubieran estado contra ellos, su valor hubiera bastado para rechazar á los paganos.)

A pesar de todo, Wolfhart seguía saltando acá y allá, matando sin tregua á los del acompañamiento de Gunter. Atravesaba por tercera vez la sala del combate, y su brazo derribaba muertos á muchos héroes.

El valeroso Geiselher gritó á Wolfhart: «¡Oh! ¡qué terrible enemigo hemos encontrado! Noble y valiente guerrero, venid hacia acá; quiero ayudaros á terminar; esto no puede durar más tiempo.»

Wolfhart se volvió luchando hacia Geiselher; cada uno hizo al contrario profundas heridas. Descargó con tanta fuerza contra el rey, que de la cabeza á los pies quedó bañado en sangre.

Encolerizado el hijo de la hermosa Uta, atacó á Wol-



fhart con horribles tajos. Por muy fuerte que fuera el guerrero, tenía que sucumbir. Nunca un rey tan joven fué más valiente.

Alcanzó á Wolfhart sobre la buena armadura, y de las heridas brotó la sangre en abundancia. Hirió de muerte al guerrero de Dietrich. Sólo siendo un héroe pudo dar un golpe semejante.

Cuando el fuerte Wolfhart recibió la herida, dejó caer el escudo: después con ambas manos levantó una cortante espada con la que hirió al héroe Geiselher á través del yelmo y la coraza.

Uno á otro se habían dado horrible muerte. El guerrero de Dietrich no podía conservar la vida. El viejo Hildebrando vió caer á Wolfhart: en su vida había experimentado mayor pena.

Todos los hombres de Dietrich y Gunter habían muerto. Hildebrando fué al sitio en que había caído Wolfhart, bañado en su sangre, y lo tomó en sus brazos el guerrero fiel y bueno.

Quiso sacarlo fuera del palacio pero pesaba mucho. Aquel hombre mortalmente herido, volvió los ojos hacia su tío y vió que lo quería sacar de allí.

El moribundo dijo: «Muy querido tío mío, no es bueno que en este momento me dediquéis á mí mucha atención. Defendéos de Hagen; esto es lo que os conviene: él siente en su corazón horrible odio.»

«Si mis parientes quieren llorar mi muerte, decidles vos, que sois el mejor, que lloran sin motivo. He recibido honrosa muerte de manos de un rey.

«Tan bien vengué de antemano mi muerte en esta sala, que tendrán que verter lágrimas las mujeres de muchos buenos caballeros. Si os preguntara alguien, decidle que con mi mano di muerte á más de cien enemigos.»

Hagen se acordó del músico á quien el viejo Hildebrando había quitado la vida, y dijo al guerrero: «Vos pagaréis la pena de mi dolor, pues en el combate habéis dado muerte á muchos guerreros.»

Descargó tan fuertemente sobre Hildebrando, que resonó Balmung, la espada que Hagen el fuerte había quitado á Sigfrido después de muerto. El viejo se defendió, pues era muy valiente.

El tío de Wolfhart dió á Hagen de Troneja un fuerte tajo con su espada de acerado corte: pero no pudo herir al vasallo de Gunter. Hagen sí, le atravesó el arnés.

Cuando el maestre Hildebrando recibió la herida, temió más fuertes golpes de manos de Hagen. El guerrero de Dietrich se puso el escudo á la espalda, y á pesar de su herida logró escapar de Hagen.

Ninguno de los guerreros vivía ya sino Gunter y Hagen, los dos héroes terribles. El viejo Hildebrando caminaba bañándose en su sangre, y fué á dar á Dietrich la triste nueva.

Vió sentado y pesaroso al jefe, pero mayor pena iba á hacer experimentar al príncipe. Cuando vió que se adelantaba Hildebrando con la coraza tinta en sangre, le preguntó con gran cuidado que ocurría.

«Decidme, maestre Hildebrando, ¿por qué venís bañado en la sangre de vuestras venas? ¿quién os ha herido? ¿Os habéis batido con los extranjeros en la sala? Os lo había prohibido y debisteis evitarlo.»

Contestó á su señor: «Hagen lo ha hecho; me hirió en la sala cuando quería librarme del guerrero. Trabajo me ha costado escapar con vida de aquel demonio.»



El de Berna respondió: «Con razón os ha sucedido eso pues habiendo escuchado que la amistad me ligaba con esos guerreros, no debisteis romper la paz que con ellos tenía. Si no fuera una vergüenza para mí, os daría muerte.»

«No os irritéis tan pronto en contra mía, señor Dietrich: grande ha sido el daño para mí y para mis amigos. Queríamos sacar de la sala el cuerpo de Rudiguero, pero no quisieron acceder los guerreros de Gunter.»

«¡Oh! ¡qué dolor para mí! ¿ha muerto Rudiguero? Nunca ha sido tan grande mi desgracia. La noble Gotelinda es tía mía. ¡Pobres huérfanos, los que quedan en Bechlaren!»

Dolor y pena les causó aquella muerte, y sin poderse contener el héroe rompió á llorar. «¡Oh! ¡qué buen apoyo he perdido! ¡nunca dejaré de acordarme del guerrero del rey Etzel!»

«¿Podréis decirme de una manera cierta, maestre Hildebrando, quien es el guerrero que lo ha matado?» Él le contestó: «El fuerte Gernot, pero el rey fué muerto también por mano de Rudiguero.»

Le dijo á Hildebrando: «Decid á los míos que se armen pronto; quiero ir yo mismo. Decidles que me traigan mi brillante armadura de combate: quiero preguntar yo mismo á los héroes de Borgoña.»

El maestre Hildebrando le respondió: «¿Quién irá con vos? Todos los que tenéis vivos, los veís á vuestro lado: yo soy el último de ellos; los demás han muerto.» Se aterró con esta noticia y tenía motivos para ello, pues nunca en la tierra sintió tan amarga pena. Exclamó:

« ¡Si todos mis hombres han muerto, es que Dios abandona al infortunado Dietrich! Yo era un rey rico, noble y elevado.»

Dietrich añadió: «¿Cómo ha podido ser que los hayan matado á todos, esos héroes cansados del combate y reducidos al último extremo? ¡Si no me persiguiera la desgracia aun no habrían muerto!»

«Ya que la suerte no me ha querido ayudar, decídmelo al menos, ¿viven aún algunos de esos extranjeros?» El maestre Hildebrando respondió: «Dios sabe que no viven más que Hagen y el altivo rey Gunter.»

«¡Oh! ¡querido Wolfhart, á quien he perdido! nunca sentiría el haber dejado de nacer. Siegstab, Wolfwein, y también Wolfbrand; ¿quién me ayudará ahora en el país de los Amelungos?»

«Helferico el fuerte ha sido muerto también, ¿cómo lloraré á Gerbart y á Wichart? Hoy es mi último día de alegría. ¡Oh! ¡triste de mí! ¡qué nadie pueda morir de dolor!»

## XXXIX

## DE COMO MURIERON GUNTER, HAGEN Y CRIMILDA

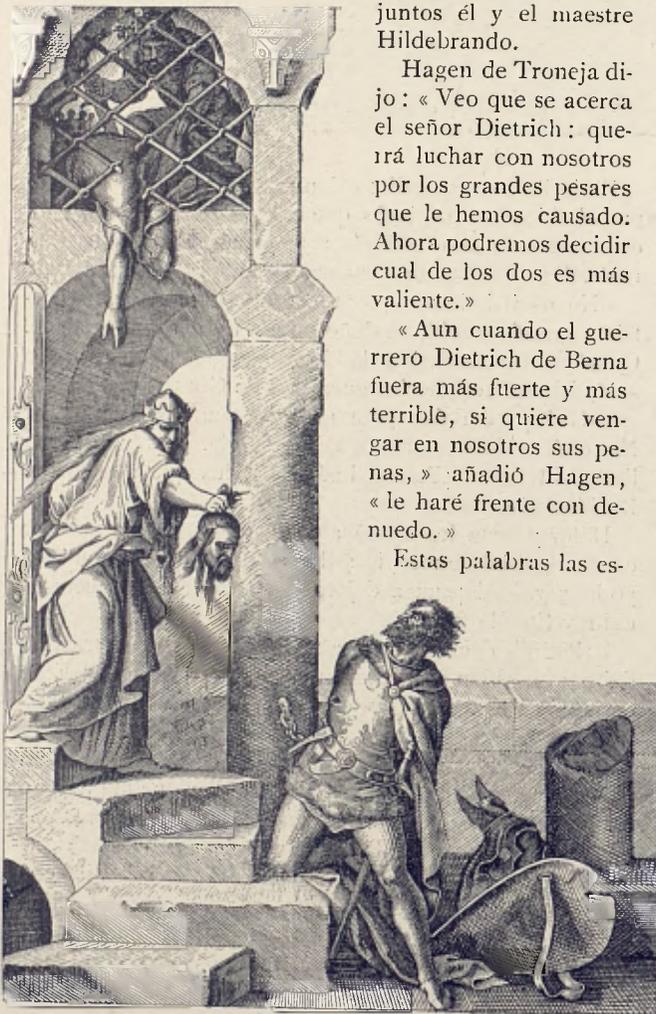
El mismo señor Dietrich cogió su armadura que le ayudó á ceñirse el viejo Hildebrando. Aquel fuerte hombre lloraba, y su voz hacia retemblar todo el palacio.

Pronto recobró toda su energía el valeroso guerrero, y el buen héroe se armó dominado por la cólera: embrazó el escudo y marcharon juntos él y el maestre Hildebrando.

Hagen de Troneja dijo: «Veo que se acerca el señor Dietrich: querrá luchar con nosotros por los grandes pesares que le hemos causado. Ahora podremos decidir cual de los dos es más valiente.»

«Aun cuando el guerrero Dietrich de Berna fuera más fuerte y más terrible, si quiere vengar en nosotros sus penas,» añadió Hagen, «le haré frente con denuedo.»

Estas palabras las es-



cucharon Dietrich y el maestre Hildebrando. El fué á buscar á los dos guerreros que estaban apoyados en el muro fuera de la sala. Dietrich puso á sus pies su buen escudo.

Dominado por el dolor y por el cuidado, dijo Dietrich. «¿Por qué has obrado así en contra mía, rey Gunter, cuando no soy de este país? ¿Qué os hice yo para que me hayáis dejado solo y sin ningún consuelo?»

«No ha sido bastante para vos matar á Rudigero el valeroso héroe en esta espantosa lucha, sino que también habéis matado á todos mis hombres. Nunca os hice yo sufrir penas semejantes.»

«Pensando en vosotros mismos, en vuestros pesares, en vuestros amigos muertos en este combate, debéis sentir el alma rota, buenos héroes. ¡Cuánto me aflige á mí la muerte de Rudigero!»

«Tan fuerte pesar nadie lo tuvo en el mundo. Vosotros no habéis pensado en vuestra pena ni en la mía. Aquí yacen muertos todos mis amigos: nunca lloraré bastante la pérdida de mis deudos.»

«Nosotros no somos los culpables», respondió Hagen, «á este palacio han venido vuestros guerreros en gran tropel y fuertemente armados. Me parece que no te han dado las noticias con verdad.»

«¿A quién debo creer? Hildebrando me ha dicho que mis guerreros Amelungos os han pedido que les dejárais sacar del palacio el cuerpo de Rudigero: y vosotros habéis respondido á los míos con burla.»

El rey del Rhin dijo: «Querían llevarse de aquí el cuerpo de Rudigero: yo se le negué en odio á Etzel, no por los vuestros, y entonces Wolfhart comenzó á insultarnos.»

El héroe de Berna replicó: «Así tenía que suceder. Gunter, noble rey, por tu virtud, repara la pena que en el corazón me has causado. Concede una compensación, fuerte caballero, para que te lo perdone.»

«Entrégate prisionero con Hagen tu vasallo: yo te defenderé aquí entre los Hunos, de modo que nadie os ofenda ni cause agravio. Sólo encontraréis en mí bondad y buena fé.»

«No permita el Dios del cielo», respondió Hagen, «que se entreguen á tí dos guerreros que bien armados pueden defenderse todavía con valor y que marcharán con la frente alta hacia el enemigo.»

«No debéis despreciar mi ofrecimiento, Gunter y Hagen», añadió Dietrich. «Los dos habéis causado tan grandes tribulaciones á mi corazón, que obraríais bien si me compensarais.»

«Os doy mi palabra, y mi mano os lo jura, que iré con vosotros hasta vuestro país. Os acompañaré con honor, ó sufriré la muerte y por vosotros daré al olvido mi desgracia.»

«No pedirlo más» replicó Hagen. «No nos conviene que se diga que dos tan fuertes guerreros, se han entregado á vuestra mano, pues sólo os acompañaría Hildebrando.»

El maestre Hildebrando, dijo: «Dios sabe, señor Hagen, que la paz que el señor Dietrich os ofrece, llegará un momento en que la echéis de menos: debíais aceptar la composición que os pide.»

«Yo aceptaría esa paz», le respondió Hagen, «antes que huir, como un mal guerrero, del campo del combate, según vos lo habéis hecho, maestre Hildebrando. Por mi fé, creí que erais hombre más valeroso.»

(CONTINUARÁ)



ARTISTAS ESPAÑOLAS

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA remitida por D. FRANCISCO SANTIGOSA MARTÍ



ALREDEDORES DE LA RABASADA

## POR ESOS TEATROS

En el Tívoli. — Fin de la campaña de ópera. — D. Giovanni. — Anuncio de representaciones en el teatro de las Artes.

Después del estreno de «Don Giovanni» en el Tívoli, el movimiento teatral ha sido casi nulo, habiendo concluído en dicho coliseo las representaciones de ópera, para dejar libre el local á la compañía acrobática, gimnástica, ecuestre etc. etc. del popular Alegría, la cual debuta uno de esos días.

La representación de la obra de Mozart con tanta fruición esperada por los amantes de la música, constituyó el acontecimiento artístico más importante de la temporada.

Después de ver anunciado el «Don Giovanni» en infinidad de ocasiones, ya empezábamos todos á perder la esperanza de llegar á verlo en la escena para saborear sus múltiples bellezas. El incumplimiento de las empresas de teatros *mayores* en este punto, tiene su explicación en las dificultades que para su interpretación ofrece la obra, pues exige de los intérpretes que sean de escuela correctísima y que reunan á la vez facultades de verdadero actor, circunstancia ésta bastante difícil de hallar entre cantantes.

¿La halló la empresa del Tívoli en los suyos? He aquí una pregunta cuya contestación es bastante difícil. Lo que sí puede asegurarse es que todos los artistas se esforzaron en estar á la altura de la obra, por lo cual, y por tratarse de una temporada de á diez reales entrada y butaca, el público mostró la debida indulgencia hacia los que á pesar suyo no lograron su objeto y aplaudió con entusiasmo á los que salieron en bien de su cometido.

En cuanto á la obra, apesar de no ser sus cualidades las más propias para seducir al *gros public*, satisfizo comple-

tamente á los inteligentes, que se hacían lenguas de las bellezas que atesora.

El «Don Giovanni» es una de las mejores y más sazonadas producciones de Mozart, el insigne maestro cuyas obras son entre nuestros aficionados menos conocidas de lo que se merecen.

Mozart no es de los músicos que cifran los éxitos en efectos de relumbrón. Su arte es un arte esquisito, refinado, propio para ser saboreado por los inteligentes. Como todo gran artista, Mozart sabe encontrar grandes efectos sin echar nunca mano de recursos complicados. La simplicidad es una de las facultades que en mayor grado posee. Como lo demues-

tra en todas sus obras, cree Mozart que la música no debe herir el oído de una manera brutal. No hay más que recordar algunas de las escenas del «Don Giovanni.» Hasta las de un vigor dramático más subido, las resuelve sin agitaciones, sin efectos retumbantes, pero con una grandiosa sobriedad que las hace doblemente conmovedoras é interesantes.

Entre los artistas que interpretaron la obra, merecen citarse las señoras Gabbi, Homs y Lopeteghi, así como los Sres. Blanchart, Quadri y Banquells, el primero de los cuales se vió obligado á instancias del público, á repetir la serenata.

Todos, al igual que el maestro Baratta y la empresa, merecen plácemes por haber conseguido su objeto de presentar al público una obra con la cual no se habían atrevido empresas de mayor empuje.

Los demás teatros han continuado en general cerrados.

En el de las Artes, de la calle de Floridablanca, se anuncian por unos cuantos jóvenes algunas veladas en las cuales se representarán traducidas á la lengua catalana, diversas producciones de autores modernos. Entre ellas hay «Les mauvais bergers» de Octavio Mirbeau y «Les Tenailles» de Pablo Hervieu, ya conocida de nuestro público por haber sido estrenada recientemente la obra original por la compañía francesa de M. Vast, en el Principal.

Además se pondrán en escena algunas obras de Ibsen.

La primera velada está anunciada para el día 30 de agosto y la última para el 11 de septiembre.

Deseamos á los jóvenes que han tomado á su cargo la empresa, mucha suerte en esas funciones, que, según anuncian, darán por vía de ensayo, con la esperanza de realizar más adelante campañas de mayor empuje.

Quiera Dios que el público responda al llamamiento y

que los organizadores de las veladas en cuestión se muestren dignos de la empresa que anuncian en los prospectos que han repartido esos días.

UN ESPECTADOR

## HOJEANDO LIBROS

«La Rondeña» y «El Salvador.» — Colección de cuentos de Blanca de los Ríos de Lampérez.

La eminente escritora cuyos trabajos gozan de tan considerable estima en el mundo literario, ha tenido la acertada idea de publicar sus Obras completas, empezando por el volumen «La Rondeña» y «El Salvador», en cuyas páginas ha recogido unos veinticinco cuentos de los que tenía diseminados en periódicos y revistas, los cuales habían sido traducidos en gran parte á idiomas extranjeros.

No tenemos que hacer á nuestros abonados el elogio de la eximia escritora. Los lectores de *Hispania* han podido en distintas ocasiones saborear el color de sus descripciones, la intensidad de su expresión, la originalidad de los asuntos que trata y el vigor y la corrección de su castiza pluma.

Algunos de los artículos que forman la interesante co-

lección que nos ocupa, ha visto la luz por primera vez en estas mismas columnas, con verdadera satisfacción de todos nuestros lectores.

Los cuentos que constituyen el volumen «La Rondeña» son todos interesantísimos, llenos de color y de luz, de vida y movimiento. Para los aficionados á la buena literatura, constituye la publicación del libro de nuestra eminente colaboradora un verdadero acontecimiento.

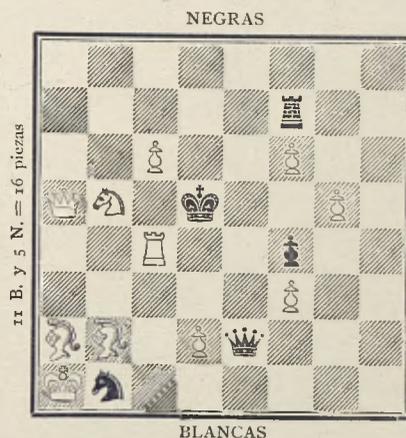
Aquí, donde son miradas por algunos con sonrisa desdeñosa las obras artísticas y literarias producidas por señoras, es doblemente de alabar el *atrevimiento* de la Señora de los Ríos de Lampérez de lanzar á la venta sus Obras completas.

A bien que no se necesita mucho para emprender semejante publicación, pues ya de antemano puede asegurarse á la empresa un éxito lisonjero

Felicitemos sinceramente á la notable escritora, esperando con indecible fruición el segundo volumen de sus obras

## SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 53.—DR. H. GOTTSCHALL



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 52, POR  
M. EHERENSTEIN

Blancas

Negras

1. T 4 T
2. P 4 A R
3. P 5 A mate.

1. A 2 T
2. P 6 R jaque

*Variantes* : Si... C toma P; 2. D 3 C, etc.— Si... P 4 C; 2. D toma P, etc.



### GRITO DEL CORAZÓN

—Si, amiga mía, Don Pedro, mi jefe, aquel que fué tan bueno para mí, acaba de fallecer.

— ¡ Pobre hombre, qué desgracia tan horrible !  
¿ Se dice si te darán su vacante ?



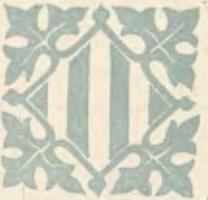
# AZULEJOS



## CARTON PIEDRA



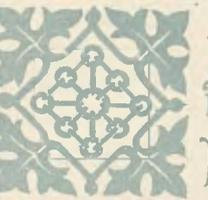
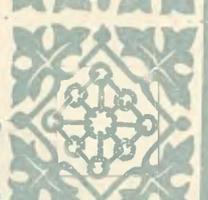
Patente de invención en España y el Extranjero



Nuevo elemento para la decoración de arcos, frisos, artesanos, muebles & c.

Pídase  
el  
Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles  
59 Bailén. Barcelona

